

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Estamos casi al final del año litúrgico; el día 1 de Diciembre comenzamos un nuevo año, pues iniciamos el tiempo de Adviento.

Debemos recordar la fiesta de Todos los Santos, para poder comprender el origen histórico de la Conmemoración de todos los fieles difuntos.

La fiesta de honrar a Todos los Santos con una fiesta común, se remonta en Oriente al siglo IV. La fiesta se celebraba en el primer domingo después de Pentecostés, como continúa observándose entre los griegos-

Gregorio IV (827-844) trasladó la fiesta al 1 de Noviembre. Quizá el final del año litúrgico era un lugar apropiado, dando a entender la consumación del reino de Cristo y la última venida del Señor.

El abad san Odilón prescribió en el año 998 a todos los monasterios sometidos a la abadía de Cluny la conmemoración de todos los difuntos. Indicó como fecha litúrgica el día siguiente a Todos los Santos. La costumbre de Cluny pronto se impuso por todas partes. Roma aceptó esta conmemoración en el siglo XIV.

Este año, por caer este día en domingo, tenemos la ocasión de orar y meditar sobre el misterio de la muerte en un clima dominical.

Qué entendemos por esta Conmemoración. *“Así, pues, hasta que el Señor venga... sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria...”* (LG 49)

“Te pedimos, Dios todopoderoso, que nuestros hermanos difuntos, por cuya salvación hemos celebrado el misterio pascual, puedan llegar a la mansión de la luz y de la paz” (Oración después de la Comunión)

“La unión de los viadores con los hermanos que se durmieron en la paz de Cristo, de ninguna manera se interrumpe, antes bien... se robustece con la comunicación de bienes espirituales” (Ib)

En el Prefacio I de Difuntos proclamamos: *“... y así, aunque la certeza de morir nos entristece”*. No tenemos espacio para desarrollar más este sentido de la muerte; no queremos negarlo, ni olvidarlo, pues de otro modo no diríamos la verdad.

La fe en Cristo Jesús es la que ilumina para los cristianos este misterio de la muerte. La muerte sigue siendo un misterio; pero la última palabra no es la muerte, sino la vida. *“Escucha, Señor, nuestras súplicas para que, al confesar la resurrección de Jesucristo, tu Hijo, se afiance también nuestra esperanza de que todos tus hijos resucitarán”* (Oración Colecta)

La liturgia del día pone el acento sobre la fe y la esperanza en la vida eterna, sólidamente fundadas en la revelación y en la doctrina de la Iglesia: *“En él (en Cristo) brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección... Nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”* (Prefacio I)

Debemos ahora a analizar la Liturgia bíblica de este día. Nosotros hemos elegido unas lecturas, que la Iglesia presenta para las exequias de adultos. Hubiésemos podido tomar otras. Creemos que las elegidas son apropiadas.

Lectura Primera: Isaías 25, 6ª 7-9

No vamos a estudiar el texto en sí mismo, sino como luz e iluminación en la Conmemoración de todos los Difuntos.

Queremos decir a todos los hombres: cuál es el final de la vida; qué suerte aguarda a los difuntos. No es suficiente “una muerte digna”, sino que hay algo después, que merece la pena que sigamos esperando.

Como lectura primera leemos los versículos 6a-9 del capítulo 25 del Profeta Isaías. Este capítulo 25 contiene un Cántico al Dios liberador: 1-5; y un Festín en el monte Sión, 6-10a.

Los versículos elegidos por la Liturgia hablan de este Festín. A partir de este texto, la idea de un banquete mesiánico se hizo corriente en el judaísmo y vuelve a encontrarse en el NT: Mt 22, 2-10.

“En aquel día, preparará el Señor de los ejércitos, para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos “

Un espléndido festín, con buenos manjares y selectos vinos era entonces, y sigue siendo hoy, símbolo de alegría y de vida. Para muchos satisfacer las necesidades de los sentidos era un ideal; es cierto que nuestros sentidos quedarán satisfechos; pero tenemos otras necesidades y exigencias, que también serán correspondidas.

Obsérvese cómo se compaginan la universalidad (*a todos los pueblos*) y el centralismo (*en este monte*).

Podemos distinguir en esta breve perícopa como dos partes: 6-8 (El banquete real) y un breve himno dedicado al poder de Yhaveh, 9-10ª

. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones.

Poder invitar a muchos es signo de poderío y de riqueza. El Señor invita a todos los pueblos a un banquete espléndido, que se celebrará en el Monte sagrado. En el banquete hace regalos a los comensales. *El primero es su presencia* y manifestación: antes los pueblos estaban como ciegos, tapados; ahora, removida la cubierta, pueden reconocerlo.

Aniquilará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros, y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país- lo ha dicho el Señor-.

El segundo es extraordinario: aniquila la muerte, la maldición original del hombre (Gn 3, 19), para que los convidados vivan siempre con él, una vida sin dolor ni lágrimas. San Pablo en 1 Cor 15, 54: “cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: = La muerte ha sido devorada en la

Victoria”; aplica el v. 8 a la victoria de Cristo sobre la muerte. El Apocalipsis 21, 4: “Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado” aplica también este v. 8 a la vida del cielo.

Aquel día se dirá: Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara; celebremos y gocemos con su salvación.

Los vv. 9-10-a Nuevo himno de victoria. La batalla ha sido reñida, porque la ciudad ha resistido con todos sus medios. Este breve himno dedicado al poder de Yahvé pone fin a la escena de la entronización de Yahvé y del banquete. Es una invitación a la esperanza, a la alegría.

Está bien que sintamos tristeza al experimentar que nuestros seres queridos no están con nosotros como nos gustaría que estuviesen; pero no perdamos la paz, no los hemos perdido para siempre. Ellos están gozando de la Presencia del Dios. Ellos han alcanzado su meta

El estribillo del salmo es muy significativo: “*El Señor es mi pastor, nada me falta*”. El salmo 22 es muy bello y es el salmo del peregrino, del caminante, que marcha a la muerte; pero que no es final de la vida, sino una prueba necesaria para seguir viviendo otra vida.

Mientras caminamos, Señor “*en verdes praderas nos hace recostar; nos conduce hacia fuentes tranquilas y repara nuestras fuerzas*”

El Señor no nos deja una vez hayas muerto; no se desentiende de nosotros para siempre una vez hemos llegado al fin en este mundo, sino que “ Tu bondad y tu misericordia nos acompañan todos los días de nuestra vida (terrena) y nos hace habitar en su casa por años sin término.

Segunda Lectura: Romanos 5, 5- 11

Tampoco este texto lo estudiamos en sí, sino en relación con la Conmemoración de los Difuntos. Vamos a ver cómo ilumina esta perícopa bíblica la realidad de los Difuntos, la realidad de la muerte.

La Carta a los Romanos tiene dos partes principales y una Conclusión.

La Primera parte de esta Carta trata de la *Salvación cristiana*: 1,16-11, 35. La segunda: *Realización concreta de la salvación*, 12, 1- 15, 13. La primera parte tiene tres secciones (importante tener en cuenta para no perdernos y no repetirnos sin necesidad): a) *Salvación y fe*, 1,18-4,25; b) *Salvación y vida*: 5,1-8, 39; c) Israel en el plan salvador de Dios, 9, 1-11, 36. Los versículos 6-11 del capítulo 5 están en la segunda sección. Estos capítulos de la segunda sección de la parte doctrinal, tienen alguna peculiaridad: ahora la palabra clave *no es fe, sino vida*. Los términos *vida, vivir*, son muy abundantes en esta sección, y Pablo los relaciona con los de *paz, reconciliación, gracia, don, liberación, esperanza, resurrección, filiación, amor*. Como contrapunto se menciona con frecuencia *el tema de la muerte, el pecado, la ley esclavizante, los apetitos desornados*(que Pablo suele designar con la palabra “*carne*”), *la condenación*.

Son cuatro capítulos de una belleza y densidad teológica incomparables, en los que Pablo trata de explicar en qué consiste la salvación que Dios nos concede mediante la fe en Jesucristo.

Estos difuntos están salvados; su vida física ha terminado; pero su vida total no ha muerto. Estos versículos 5-11 de este capítulo 5 son un grito, un canto de liberación, de gracia. Todo no ha terminado, continúa; está por llegar lo mejor: la plena liberación.

Es importante *tener fe, creer*; pero no basta, sino que necesitamos saber qué trae consigo el creer: *la vida en Dios, lo que es un cristiano y también su coherencia*. Quizá en el apostolado, no profundizamos en la Salvación y vida. Cuando intentamos estudiar la Carta de San Pablo a los Romanos, fácilmente nos limitamos a afirmar que la fe nos salva; pero no ahondamos en el hecho de la salvación.

En esta Conmemoración de los Difuntos partimos del hecho de que éstos difuntos han creído, qué les espera.

5, 1-11: Este pasaje sirve de puente entre los dos grandes conjuntos de Rom 1, 18-4,25 (La Salvación y Fe) y 5, 12-8, 39 (Salvación y Vida). Podríamos decir que los cinco primeros versículos hacen relación a la *Salvación y Fe* y los seis últimos a la *Salvación y vida*.

Analizamos estos versículos a la luz de la Conmemoración de los Difuntos

“ Hermanos: La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha dado ”

[*semejante*] *esperanza no defrauda*. La esperanza de la gloria de Dios no es ilusoria, pues tiene como fundamento el amor de Dios a los hombres. El cristiano, por consiguiente, nunca se sentirá obstaculizado por una esperanza defraudadora; hay aquí una comparación implícita con la esperanza meramente humana, que puede defraudar. *El amor de Dios*: No “nuestro amor a Dios”, sino el “amor de Dios a nosotros”. En el AT, “derramar” un atributo divino es una expresión corriente. *Mediante su Espíritu Santo*: El don del Espíritu es la prueba o el medio de la efusión del amor divino. Significa por antonomasia la presencia de Dios en el hombre justificado

La Iglesia en la Conmemoración de los Difuntos admite que estos difuntos gozaban del amor de Dios mediante el Espíritu. Todo lo que la Iglesia predica del más allá es una utopía, no es un simple deseo, sino una realidad. Esta Conmemoración la Iglesia expone su esperanza más “cualificada”, más creíble.

“En efecto, cuando estábamos todavía sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos”

Cuando todavía estábamos sin fuerza: Así describe Pablo la condición de la persona sin justificar: incapaz de hacer nada por conseguir la rectitud ante Dios. *Entonces* (“en el tiempo oportuno”) *Cristo murió por los impíos*.

Cristo concretamente cuando todavía éramos débiles, murió por (nosotros) los impíos. Nuestra situación estaba marcada completamente por la “debilidad”.

Solo el que ha experimentado en la *iustificatio impii* el poder creador de Dios como potencia superior al poder del pecado y de la muerte sabe de la impotencia

del pecador frente al poder del pecado, del que fue esclavo. Lo tremendamente desesperado de esta situación contrasta con la acción de Cristo; él, el Justo, muere por los impíos y utiliza así el poder de Dios, el poder de su amor como gracia, a favor de los impotentes: ¡qué *contrasentido*!

“Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir”

La muerte de un Justo a favor de los impíos no sólo es impensable para un judío, sino que es también teológicamente imposible. Esto significaría querer violar la diferencia entre justicia e injusticia y, con ello, corromper la justicia en el efecto. Este fue el motivo decisivo de la oposición de los fariseos y de los escribas contra la predicación del reino de Dios hecha por Jesús.

Sin embargo, Pablo se corrige en v.7b: “tal vez” pueda suceder que alguien esté dispuesto morir “por lo bueno”. Pablo tiene en cuenta ejemplos de autoinmolación heroica. Pero, de nuevo, la muerte de Cristo nada tiene en común con esto, sino que su muerte es una acción para rescatar a los impíos, es intervención a favor de “enemigos”. Por consiguiente, su muerte es absolutamente incomparable con lo que los hombres pueden hacer por los hombres.

“Nosotros” como impíos no teníamos “entonces” entre los hombres verdaderamente a nadie dotado del poder y de la voluntad de entregarse a favor de nosotros.

Quizá este versículo 7 lo hemos contemplado desde una óptica moral-psicológica; cuando además de esta dimensión existe otra: la teológica. Morir por el impío no solamente repugna a nuestra psicología, sino a nuestra dignidad, pues aprobamos lo injusto, pues morimos por él. Jesucristo muere para salvar al impío, no para darle la razón, como diciéndole que su comportamiento es digno de ser valorado, estimado, incluso hasta la muerte. No se trata de “justificar”, sino de salvar.

La Conmemoración de los Difuntos no es decir que estos hombres obraron bien, hicieron lo recto (en muchos casos sí lo hicieron), sino que su vida tiene sentido, pues está salvada, valorada por alguien, que sabe lo que hace: Jesucristo. Cristo canta la dignidad del difunto, no simplemente porque es un hombre, sino porque El lo estima, lo valora más que nadie.

“Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores”

Repite el v. 6, pero de una manera algo diferente: ahora la muerte de Cristo emerge como acción del amor de Dios, del que se habla en el v. 5. El amor de Dios va dirigido a nosotros como pecadores. Y el poder de su amor se nos *demuestra* en que ha realizado en la muerte expiatoria de Cristo su intención “a favor de nosotros”: los pecadores han sido justificados mediante la sangre de Cristo, con lo que destaca el carácter de expiación

“Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre, los salvará definitivamente del castigo”

La justificación tiene su consecuencia escatológica. Para el *pecador justificado* vale lo que en la tradición apocalíptica se dice del *justo*: ahora forma parte de aquellos que, en las postrimerías, serán salvados del juicio de ira. El que es justo y el que está justificado gozan del mismo favor del Señor.

El salvador escatológico es Cristo, el Crucificado resucitado, cuya muerte expiatoria ha liberado al pecador del poder de perdición de su pecado. Nuestra salvación depende de la unidad del Cristo crucificado por nosotros con Dios, de la de Dios con el Crucificado. El juez no justifica, solamente lo declara justo; el caso del impío justificado no solamente es declarado justo, sino que está justificado.

Por su sangre: Mientras que en 4, 25 la justificación se imputaba a la resurrección de Cristo, en este texto se atribuye a su muerte. Con mayor razón seremos salvados.

“Porque si siendo enemigos de Dios nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, nos salvará para hacernos partícipes de su vida”

Repetición de 5, 8 de manera más positiva; el pecador no es simplemente “débil” o “impío”, sino incluso “enemigo” de Dios. Sin embargo, la muerte de Cristo produce la reconciliación de tal enemigo. La “reconciliación” es el restablecimiento en la amistad e intimidad divinas del pecador hasta entonces alejado y distanciado de Dios. *Seremos salvados por su vida*: el tercer efecto de la justificación es una participación en la vida resucitada de Cristo que trae la salvación. Aunque la justificación es algo que acontece ahora, la salvación está todavía por conseguir, está enraizada en la vida resucitada de Cristo.

Mientras que en v 9 se está pensando en el Crucificado por nosotros, en v. 10 se apunta al Resucitado en cuya vida se fundamenta nuestra salvación futura como participación de la vida escatológica

“Y no sólo esto, sino que nos sentimos también orgullosos de un Dios que ya desde ahora nos ha concedido la reconciliación por medio de nuestro Señor Jesucristo”

Nos sentimos orgullosos de Dios: el efecto de la justificación es que el cristiano llega hasta gloriarse de Dios mismo, mientras que antes vivía atemorizado por su ira. El cristiano presume del buen Dios, que tenemos. Nuevamente debemos acudir a los místicos para que nos hablen de la bondad de Dios. Dios es nuestra corona y nuestro gozo. ¡Qué buen Dios tenemos!

Esta es la presentación- explicación de los vv. 5-11 del capítulo 5 de la Carta a los Romanos, que hemos proclamado como segunda Lectura en la Conmemoración de los Difuntos.

Está bien que lloremos por nuestros difuntos; es laudable que los recordemos, que recemos por ellos y les pongamos flores etc.; pero aplicarles este texto bíblico es para nosotros motivo de gozo, ocasión para pensar en su dignidad; es una confesión de que no los hemos perdido para siempre. La muerte, aunque a veces resulte inoportuna, no puede llevarle consigo todo, sino que nos proporciona una oportunidad para

amar más a nuestros difuntos, pues sabemos que nos sentimos unidos a ellos de una forma especial; que no están perdidos en cualquier lugar que no conocemos, sino que creemos y afirmamos que están en buenas manos.

Evangelio: Mateo 11, 35-30

No vamos a tratar directamente el estudio de esta perícopa evangélica, sino cómo estos textos bíblicos iluminan la celebración y la suerte de los Fieles Difuntos. Creo que es conveniente recordar qué es lo que celebramos el día 2 de Noviembre: la Conmemoración de todos los fieles difuntos; es una celebración de la Iglesia, que conmemora a sus difuntos. Cada uno puede recordar a sus difuntos, cuando quiera; pero en este día es la Iglesia Universal quien recuerda, no a los difuntos en general, sino a los fieles difuntos. La Biblia, la Iglesia, iluminan el hecho de la muerte; pero los textos bíblicos, leídos en la Eucaristía de este día, se dirigen directamente a los fieles difuntos.

Hoy ponemos en “boca” de los fieles difuntos este evangelio, así podremos comprenderlo mejor.

Mateo ha reunido aquí tres dichos de Jesús que probablemente tuvieron un origen independiente. Su intención al reunir estas tres sentencias se explica cuando las leemos en el contexto de la pregunta acerca de Jesús: “*«¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?»* (Mt 11, 3)

Y de las reacciones de sus contemporáneos: “*Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores." Y la Sabiduría se ha acreditado por sus obras.*» (Mt 11, 19).

Los fieles difuntos han proclamado con sus vidas quién es Jesús. Ellos han interpretado bien las actitudes de Jesús; serán para ellos inequívocas.

En este contexto de rechazo e incredulidad sólo los pequeños son capaces de acoger la revelación del Padre (Mt 11, 25), manifestada en las acciones y palabras de Jesús.

La primera palabra (Mt 11, 25-26) “En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.»

Es una oración de alabanza. La introducción es breve y se dirige al Padre como señor del cielo y de la tierra. El hecho de que Jesús llamara a Dios Padre (Abba) refleja la confianza y la cercanía que tenía con él.

Los sabios y entendidos son, en este contexto de este evangelio, los maestros de la ley y los fariseos, que conocen la ley de Moisés, pero han rechazado a Jesús; en cambio los sencillos han sabido recibir la revelación de Jesús y le han acogido.

Los Fieles difuntos se juntan a Jesús en esta oración al Padre; ellos se sienten pequeños; pero afortunados. Ellos no temen la muerte, pues se consideran favorecidos en su existencia.

Así debemos contemplar la realidad de unos hermanos nuestros, en la sangre y en la fe, que nos dejan por ahora; pero que llegaremos a verlos nuevamente; también ellos van a estar junto a nosotros de otro modo más eficaz.

La segunda palabra de Jesús (Mt 11, 27) *“Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”*

Está relacionada con la anterior y trata de explicar en qué consiste la revelación a los sencillos. El Padre conoce al Hijo en profundidad y lo manifiesta en dos momentos culminantes de su vida, en los que a través de la voz celeste revela su condición de Hijo único y amado: el Bautismo (Mt 3, 17) y la Transfiguración (Mt 17, 5). Por su parte, el Hijo es el único que conoce verdaderamente al Padre y el único que puede revelarle a través de sus gestos y palabras.

Los Fieles difuntos dan gracias al Hijo por el don maravilloso, por el regalo imponderable de hables revelado quién es el Padre. Ante la experiencia del conocimiento del Padre, todos los demás conocimientos son suma ignorancia. También los Fieles difuntos dan gracias al Padre porque les ha comunicado quién es el Hijo: Jesús de Nazaret, el Hijo del hombre, el Hijo de Dios, el Mesías.

Los Fieles difuntos con su vida y en su muerte proclaman esta doble realidad, pues ellos han querido morir dentro de la Iglesia, revestida de la fe, esposa de Jesucristo.

La tercera palabra (Mt 11, 28-30) *«Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso.*

Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas.

Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»

La aceptación y el rechazo de Jesús seguían siendo un hecho en tiempos del evangelista, el cual, a través de este párrafo dirige una invitación a los cristianos de su época.

El rechazo de Jesús estaba previsto en el designio del Padre, el cual ha querido revelar el misterio de Jesús a los sencillos. El rechazo de los sabios y prudentes revela que la fe en Jesús es un don, y no el fruto del esfuerzo humano. Para acoger este don hay que hacerse sencillo; hay que abandonar el pesado fardo de la ley y cargar con el yugo suave de la gratuidad.

Los Fieles difuntos, que ya han dejado esta vida; ven las cosas de otra manera; ellos dan fe de que estas palabras de Jesús son verdaderas. La vida puede resultar pesada, podemos cargarnos con una carga, que nos puede aplastar. Estos Fieles difuntos, quizá en vida no se dieron cuenta de la hondura, de la profundidad de las Palabras del Señor; ahora sí. Ellos han encontrado el descanso; quizá no podemos afirmar “alegremente” que ya el descanso definitivo; pero sí un descanso, que nadie les puede arrebatarse.

Concluyendo, diremos que las lecturas elegidas para celebrar la Conmemoración de todos los Fieles difuntos, iluminan la realidad de la muerte, nos abren a la esperanza y nos aseguran que nuestros difuntos están en buenas manos.

En este día de la Conmemoración de los Fieles difuntos; nosotros, todavía peregrinos; pero llenos de fe, hacemos una lectura retrospectiva y proclamamos que la vida tiene sentido; que no es suficiente con desear una “muerte digna”; miramos el presente y nos entristecemos, porque nuestros seres queridos no están con nosotros; pero nos alegramos que ellos gozan ya de una salvación, que nosotros no gozamos; alzando nuestros ojos hacia el futuro, vislumbramos que hay una situación definitiva, donde es posible una vida perfecta, apetitosa, no solamente a los sentidos, sino a lo más hondo y peculiar de nuestro ser.

En cada Eucaristía hace mención de la Iglesia del cielo, de la Iglesia, que todavía necesita purificación y de la Iglesia, que sigue peregrinando. Está bien que dediquemos un día para pensar de una forma especial de nuestros hermanos, que ya nos han dejado; pero nunca su recuerdo debe ser para nosotros motivo de tristeza, sino de esperanza.

·
·

·

·

